

LA FORTUNA-MIS- TERIOSA



Por _____

Joaquín Díaz Garcés

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Marchaba de prisa, envuelto en su capa raída, escondiendo en los sucios pliegues que llegaban hasta su nariz rojiza, una barba mal rapada, más blanca que las mechadas grasientas que escapaban de su sombrero. Marchaba de prisa, de vuelta de la recoba, con un cesto a medias cubierto por el amplio ruedo de la capa, como si todavía llovieran sobre él las injurias de los indios y mestizos y mulatos y españoles que en una sola cosa estaban de acuerdo dos veces por semana: en la miseria y avaricia del viejo Alonso Goygorrotea. Echaba por cada puerta una mirada oblicua de perro perseguido hacia el patio donde aún solían apostarse el calesero o los niños para gritarle a la pasada: ¡Se le ha caído un real a Su Merced! Aceleraba a veces el paso, a riesgo de rodar por los guijarros del río que pavimentaban la calzada y caer

a la acequia que corría en medio con leve rumor. De pronto se coló en una tenducha oscura, de bajo techo y estrecha puerta, donde don Bernardo del Sol, detrás de su mesón, examinaba la calidad de unas telas con un cuenta-hilos, para clasificar los precios. El comerciante, sin separar su ojo gris del agujero por el cual miraba el tejido al través de un burdo cristal de aumento, alzó levemente el otro y pareció saludar con casi imperceptible movimiento de cejas. Ya sabía que en día de recoba don Alonso llegaba exánime a sentarse en el sillón de baqueta, grasiento y ennegrecido, que estaba allí en un rincón, entre sacos de maíz, garbanzos y otras semillas. Del Sol conocía la avaricia de su amigo y simpatizaba con ella. Entonces eran todos pobres o vivían como tales. Se necesitaba la fiebre de la codicia y de la

usura, la enfermedad de avaricia que aquejaba a Goygorrotea, para llamar la atención sobre algún vecino miserable y acarrearle el calificativo de avaro.

Del Sol continuaba en silencio su tarea y a cada pieza de tela que dejaba caer sobre el mesón, se difundía un olor fuerte que don Alonso respiraba con placer. Goygorrotea envidiaba la profesión del comercio, recordaba que su padre, un agudo vizcaíno, hacía de ella siempre fundado elogio, a pesar de haber muerto pobre por haber dado en prenda una factura de comercio, haber salido mal su negocio y perdido la prenda.

—Sí, señor don Bernardo, murmuró desde su sillón don Alonso,—Su merced sabe ganar una fortuna. Esa tela le ha importado uno, la vende en cuatro y si nadie más la tiene en la ciudad, la sube a veinte.

—Y si nadie la compra...

—No, señor; los hombres ni las mujeres pueden ir desnudos. Dios les manda vestirse. El comercio está amparado por el cielo. Pero los pobres que tenemos un mal pedazo de tierra donde apenas crece yerba... ¿qué hemos de hacer? Ni para comer nos alcanza, y si como esta mañana voy a la recoba y me quejo de que una gallina valga casi un real, debo recibir empujones e improperios. Ya no hay respeto por nada.

Del Sol se aprestaba a medir unas varas de lienzo a unas mujeres del pueblo que habían entrado respetuosamente, andando en puntillas, y con aire de humildad exagerada. Luego sonó en el aire como un chasquido el vigoroso tirón con que el comerciante rasgó la tela. Pagaron con lentitud y del Sol fué golpeando pieza por pieza sobre una parte del mesón, en que estaba incrustada una lastra de piedra para el efecto de probar la moneda. Las clientes esperaron con aire encogido si merecía reclamo su dinero y como don Bernardo se volviera a continuar la conversación con el viejo, se retiraron también en puntillas y cuchicheando sus comentarios.

Del Sol oía lamentarse al viejo mirándolo de cuando en cuando y sonriendo sin decir nada. No se enriquecían los agricultores, es verdad, pero Goygorrotea había recibido de su padre una capa y un par de botas como única herencia y era dueño

mal que mal de cuatro o cinco haciendas en Quillota y Marga-Marga, y una del lado de Mendoza, después de treinta años de trabajo. Don Bernardo había oído que esa fortuna no podía ser menor de ciento cincuenta mil pesos; había quienes llegaban a doscientos, y si no subían, era por falta de hábito en cifras tan enormes. Además, el comerciante tenía echadas sus vistas sobre la hermosa Paz, la hija de Goygorrotea, tal vez la más rica heredera del reino. Su sobrino Ramiro era un mozo elegante y cautivador; pero no tenía en la vida más esperanzas que la herencia de don Bernardo. ¿Por qué no unir el comercio y la agricultura, realizando así las ambiciones de su amigo? Pero don Alonso callaba al oír tales proyectos y echando una mirada vaga y oblicua, murmuraba entre dientes:—Cuando me muera, Paz se irá a un convento... si la reciben, porque quedará desnuda como nació. Un pedazo de tierra vale poco en España y menos en Chile.

A medida que la mañana se encendía de sol, algunos otros clientes pénétraban a la tienda. Don Bernardo medía aquí tres varas de bayeta, pesaba allí una libra de grasa, empaquetaba candelas de sebo o recomendaba a un agricultor recalcitrante la semilla de frejoles. Las monedas saltaban sobre el mesón y todas daban un sonido franco y leal de buena plata. Precaución inútil en esos tiempos, pero sagrado rito que el comerciante vizcaíno traía de la península.

Por fin, el viejo, repuesto de la persecución de la mañana, se puso de pie, escon- dió su cesto como pudo y salió mascullando una despedida.

Por la misma puerta, una extraña figura se destacó contra la clara luz que inundaba la calle. Un señor, un verdadero señor, a juzgar por los aires y la vestimenta, se descubrió con exagerada solemnidad ante don Alonso, que salía repitiendo su saludo a del Sol. Los clientes interrumpieron su ocupación para mirarlo y admirarlo; porque, realmente, el oidor de la Frente era digno de admiración. El movimiento ceremonioso de sus ropas, dejó flotar en la mala atmósfera de la tienda un olor a *aguas ricas*. La capa negra de paño finísimo, el traje interior de color azul oscuro y amplio cuello de terciopelo dejaban ver una camisa albísima, con encajes muy finos. La edad no era tan fácil de

calificar como el valor de su traje: hombre seco y bien rapado, con poca empolvaña recientemente, lleno de cuidadoso afeite, no parecía afeminado sin embargo. Podía tener cuarenta años o algo más. Miró el sillón de baqueta con desconfianza, y el dependiente de del Sol, un mestizo muy cortés que andaba descalzo y con las piernas desnudas hasta la rodilla, corrió a limpiarlo con un trapo. Sentóse el oidor y sólo entonces se dirigió a don Bernardo.

—Buenos días, mi señor don Bernardo del Sol...

—Buenos los tenga Su Merced. ¿Ha terminado ya la misa?

—De ella vengo. He dado los días a la señora gobernadora, que recibió la santa comunión.

—Hubo un momento de silencio. De la Fuente se miró los pliegues de la camisa, se sacudió la capa y se arrellenó de nuevo. Los clientes habían ido saliendo. Don Bernardo pareció esperar algo, porque se quedó con los brazos cruzados, mirándolo.

—¿Los negocios? Buenos, naturalmente. El oficio del comerciante es vil; pero provechoso. Los que hemos nacido en otras esferas, vivido largo tiempo en la Corte, manejado la pluma y la espada, no tenemos en estos reinos nuevos más oficio que el de bostezar. Cuando mi amigo el señor don Bernardo tenga ya algunas onzas para guardar, no es difícil que pueda ser marqués si le place. Para entonces mis valimientos en la Corte pueden serle útiles.

Del Sol sonreía leve y maliciosamente. Veía venir al oidor, hombre lleno de trampas y ávido siempre de dinero.

—Los negocios no van bien, señor oidor. El barco demora ya seis meses y las mercaderías de Lima vienen muy caras. Las cosechas han sido malas y hay pocas ventas. Dos comerciantes han realizado mercaderías, perdiendo. Si así sigue, iremos a la ruina.

El oidor movió la cabeza con incredulidad.

—Ni las mujeres ni los comerciantes dicen nunca la verdad, mi señor, o a lo menos no dicen toda la verdad. Vamos a ver, ¿a qué tiene Su Merced en un rincón del armario o debajo de la cama un cofrecito con ochocientos pesos en oro que puede colocarse a interés en un hombre de

bien, que además ofrece una vajilla de plata en prenda?

—Ni ochocientos ni quinientos, créalo Su Merced.

—La vajilla vale más de mil...

—No lo dudo.

—El interés lo fijará el prestamista.

—Negocio para don Alonso Goygorrotea.

—Lo he visto salir. Llevaba un cesto bajo la capa.

—Debajo de una mala capa, puede haber... un rico hacendado.

—Avaro como un demonio.

—Pero que no deja escapar las ocasiones.

—Además, hay un Cristo de plata cincelada de valor de cuatrocientos pesos.

—¿Y la escopeta?

—Sí; la escopeta de Huntunday, que no tiene otra igual en América.

Don Bernardo sacaba sus cuentas; pero indudablemente o no tenía el dinero o dudaba del oidor, porque, después de mucho pensarlo, dijo:

—Realmente, no está a mi alcance un préstamo de esta consideración.

Un hombre penetra en la tienda con una imagen de la Virgen, colocada en marco dorado, un hombre de aire humilde y temeroso. Encontróse con la mirada del oidor y se dió vuelta rápidamente para decir a don Bernardo.

—Nuestra Señora de Copacabana no tiene todavía su altar. Es la protectora del comercio y cuenta al señor del Sol entre sus mejores devotos.

Tomó el comerciante una moneda, se santiguó con ella y la metió en la alcancía. El mendicante salió sin dar la vista a de la Fuente.

—Anoche perdió Nuestra Señora más de treinta pesos—dijo éste sonriente, cuando el hombre hubo desaparecido.

—¿Cómo dice Su Merced?—exclamó del Sol.

—Pues lo que Su Merced oye. Se jugaba en casa del boticario Cardemillo. Y Juan Benítez, el tesorero de Nuestra Señora, que juega a medias con ella, manera de tranquilizar su conciencia cuando lo desbalian, perdió lo que llevaba. Por eso ha salido hoy en jira...

—¿Qué tiempos, señor oidor! ¡Qué desacatos se ven!

—¿Y qué desacato mayor quiere usted



que ver a un oidor, a un noble que al fin y al cabo es adorno de esta villa y amparo de las gentes honradas, andar de casa en casa en busca de unos pocos cuartos?

No encontraba del Sol que fueran tan pocos los cuartos pedidos, tanto más si se sumaban a otros que adeudaba ya el petimetre.

—Si su Merced quiere, le hablaré a don Alonso.

—Cuento con Su Merced, don Bernardo. No tendría sino escribir a Madrid y recibir de mis parientes tres veces esto; pero es tan largo el camino. Diga Su Merced al señor don Alonso que soy buena paga. La vajilla, el Cristo...

—La escopeta.

—No habría necesidad. Tengo tantas otras cosas, el reloj de repetición y una cadena obsequiada por Su Majestad a mi padre.

—Cuento con su servidor.

—Quede Su Merced con Dios.

Y el oidor salió erguido. Tropezó en la esquina con Juan Benítez, que le dirigió una mirada suplicante.

—No cuente a nadie Su Merced. Nuestra Señora ha pedido la revancha y esta noche se repone.

—Sinvergüenza!—murmuró con desprecio de la Fuente. Y siguió contorneándose, admirado de todos, hasta perderse de vista.

La casa de Goygorrotea no tenía como casi todas las de la ciudad, ventana alguna a la calle. El portón no giraba, sobre sus goznes enmohecidos, sino una vez al año, cuando a vuelta de vacaciones, llegaban los arrieros con bultos y cosechas. El servicio se hacía por una portezuela que daba a la calle, atravesada y por ella misma penetraba su propietario. La construcción tenía el aspecto sórdido de su dueño, descascarado el barro y la cal de la fachada, rotas las tejas, sucia la rasgada madera de la puerta, rotas las piedras de sus ángulos; abejas o avispas habían hecho sus nidos o pequeñas rucas de fango en la muralla; el musgo brotaba en la cornisa húmeda y derruida; todo revelaba en fin la avaricia del viejo desgrefinado y sucio que acumulaba secretamente las onzas en un rincón de su alcoba.

Como al lado del tronco torcido y ahuecado que los años han reducido a golpes de invisible hacha, crece sobre tallo delicado y gentil, la flor brillante y perfumada

del campo, Paz habitaba ese retiro con la resignación de la más pobre y desventurada huérfana. De su madre conservaba una vaga imagen. Guardaba de ella una basquiña de seda, una gran peineta, un abanico, unas caravanas de oro, una pequeña virgen quiteña y cierto lejano, dormido, inconsciente eco de la voz dulce con que cantaba en el campo las canciones de su tierra vasca. Sombra venerada de belleza y de dulzura cruzaba con un dedo sobre los labios en el fondo de su memoria. ¿Por qué pedía silencio? ¿Sobre qué?

Paz no sabía cantar. Cuando desde el corredor del rancho de la hacienda veía pasar los animales arriados en medio de una densa nube de polvo, ignoraba que eran de su padre. Habituada a sus quejas y lamentos de miseria, se creía pobre como los inquietos indios de Marga-Marga. Con un vestido daba vuelta el año y no envidiaba a las señoritas de Santiago que ostentaban faldas de brocato y encajes de Holanda. En la ciudad encerrada en el fondo de la casa, confiada a una dueña, la Pascuala, que había venido de Lima y solicitado de don Alonso el puesto de criada de razón, por la comida y la promesa de un legado en el testamento, iba con ella a misa a muy temprana hora y ya no veía más la calle, salvo en procesiones, monjes o solemnes fiestas de algún Santo.

Por la noche, don Bernardo del Sol llegaba indefectiblemente a jugar la eterna partida de malilla. Allí encontraba casi siempre a fray Dámaso de San Francisco, el director espiritual, podría decirse, de Goygorrotea. También iba don José Larraín, el maestro mayor de sastrería, y don Santiago Ipinza, de carpintería, ambos viejos amigos de don Alonso, y contertulios desde el tiempo de la finada doña María de Gracia.

Desde hacía algún tiempo, el comerciante impulsaba a su sobrino Ramiro a acercarse a Paz. La niña había notado en la Soledad, una mañana muy de alba, la silueta espigada del galante. La Pascuala había regresado murmurando entre dientes que ese mozo era un perdido y que rondaba a la niña por interés. “¿Por interés de qué?—había preguntado ésta.—Tan pobre como soy, tan sola, tan ignorante, no se puede creer sino que ese joven caballero está equivocado.”



Don Alonso seguía sus huellas, corriendo unas veces, ocultándose otras

Una noche, sin embargo, don Ramiro llegó acompañando a su tío. El viejo avaro había sido avisado, como era natural, y respondió como siempre:—"Si yo falto, Paz no tendrá con qué comer. Que no se engañe nadie. Si en un convento la reciben, allí llegará desnuda como nació."

El día del encuentro de nuestros personajes, el comerciante resolvió acompañarse del sobrino para que animara la tertulia y poder hablar con comodidad a don Alonso del negocio propuesto por el oidor. Del Sol quería estar bien con de la Fuente, y juzgaba además que las prendas, tasadas con moderación, quedarían fatalmente en poder del prestamista y bien valía la pena comprar una vajilla, un Cristo y la escopeta maravillosa en el dinero pedido. Goygorrotea escuchó la historia con un permanente movimiento negativo de cabeza.

—No, no, no. ¿Quién tiene dinero ahora? Yo lo necesito y si Su Merced puede prestármelo, le ofrezco tierras y no vajillas. No hay dinero en Chile, falta aún en España, donde no se ve el oro sino en pocas ocasiones.

Estas negativas eran acostumbradas. Del Sol le aconsejó que se viera al día siguiente con el oidor y don Alonso guardó silencio.

Más tarde, en medio de la malilla, preguntó de pronto::

—¿En cuánto dice que tasaron esa vajilla?

—En más de mil pesos.

—Difícil parece, señor don Bernardo.

Se sabía que Goygorrotea tenía mucho dinero prestado sobre facturas de comercio, cosechas y propiedades. Pero guardaba gran silencio sobre estas operaciones, que se conocían solamente por confidencias de los deudores mismos. Al caer la noche, salía por las calles a recordarles las fechas de los vencimientos y les golpeaba la puerta y amenazaba a media voz y se quejaba de pobreza y miserias.

Don Alonso interrumpía su juego a menudo para proponer a Fray Dámaso delicados casos de conciencia, cuya resolución quería saber. Siempre terminaba preguntando si la salvación del alma corría riesgo en tal o cual contingencia. El ejemplo se planteaba en una forma ya sacramental: "Conocí un comerciante de Lima que hizo tal o tal cosa. ¿Está obligado a restituir? Y si el dueño del dinero ha muerto y no tiene herederos, bastará entregar los caudales a los pobres? Y si no los entrega ¿puede salvarse?" El religioso sorbía una narigada de rapé, estornudaba contra el muro más vecino y se envolvía en intrincada explicación casuística. Cuando tardaba en venir la respuesta categórica, el avaro interrumpía bruscamente: "¿Qué dicen los santos padres, qué dicen los santos padres?"

Muy de mañana fué al día siguiente Goy-

gorrotea a casa del oidor, a quien hizo larga y humilde visita. Suponía de la Fuente que el viejo le era enviado por don Bernardo; pero esperaba que él hablara para conocer sus intenciones. Como nada saliera de los labios del usurero sino las habituales quejas sobre la miseria del agricultor, la pobreza de las tierras y la falta de dinero, resolvió por fin abordar el negocio.

—Nada sería más satisfactorio para el humilde hijo de un comerciante que murió arruinado y a quien Dios tenga en su santa gloria, que servir a tan encumbrado señor y a hombre de tanto valimiento. Pero...

Las miradas de don Alonso eran torvas y oblicuas, iban y venían; pero en sus continuos viajes se habían detenido en el Cristo de plata que estaba sobre una mesa arrimada contra el muro. Contrastaba la fina ejecución, evidentemente obra de artífice español, con los burdos candeleros del mismo metal, forjados en el país.

—¿Pero? decía Su Merced, balbuceó el oidor.

—Pero, sería necesario vender animales, desprenderse de objetos valiosos, perder las utilidades tan precarias del hombre de campo.

—Su Merced sabrá si vende o no,—replicó de la Fuente, fatigado de los circunloquios,—pero el hecho es que necesito esta tarde el dinero. Doy en prenda a elegir, o mi vajilla o una cadena de oro, que Su Majestad colgó personalmente a mi cuello. Allí está sobre la mesa.

Una mirada fugaz salió de los ojos marcados del viejo hacía la mesa, rozó el objeto que yacía sobre un pedazo de brocado azul con hilos de plata y fué a rodear el Cristo erguido contra la muralla, blanqueada a la cal. Guardó silencio y juntó los párpados para dormir.

Afuera resonó el grito del aguador. Cruzó el patio una mujer descalza para abrir la puerta. Los goznes giraron. Don Alonso, como volviendo de muy lejos, dijo con voz casi desfallecida:

—Su Merced ha dicho la vajilla o la cadena. Yo no dudo de que Su Merced no necesita dar prenda alguna. Jamás habrá necesitado hacerlo. Pero los tiempos son tan miserables y apenas tenemos para comer. Don Bernardo del Sol había dicho la vajilla y otro objeto de valor, como cierto Cristo...

—He aquí la cadena, dijo el oidor.

—Extendió una larga cadena formada de eslabones largos y finos. Goygorrotea la cogió con ambas manos, la pesó varias veces, juntando los ojos.

—Tiene un gran valor de afección—dijo con un suspiro.

—¿Y el oro?

—El oro no iguala ni una mínima parte del mérito que le da el que S. M. la haya tocado con sus reales manos. Veamos la vajilla.

De la Fuente sonrió, comprendiendo que su historia del Rey no valía nada como objeto comerciable. Avanzó hasta una puerta e indicó a Goygorrotea que debía pasar. La sala vecina era oscura, el techo muy bajo. Un armario tallado a cuchillo con la impericia del obrero del país, se alzaba en un extremo. Sobre la mesa había algunos objetos de mayólica y una fuente de barro. El oidor abrió el armario y mostró una serie de platos grandes y unas fuentes groseramente labradas, que relucían con el brillo del metal pulido por el uso. Goygorrotea, tomó objeto por objeto y lo suspendió repetidas veces.

—¿Hay una escopeta?

—Hay muchas cosas, señor don Alonso, lo que falta es dinero. Venga usted tras de mí. No tengo secretos.

El dormitorio del oidor era el lujo de la vieja mansión. Dormitorio de celibatario impenitente y de petimetre, se respiraba en él cierto aroma penetrante de almizcle. Los muebles de caoba con incrustaciones de concha de perla, relucían con esmerado aseo, no aplicado en Chile al mobiliario doméstico. Algunos frascos y un espejo de origen veneciano, que habrían hecho perder la cabeza a la más rica santiaguina, se ostentaban sobre la cómoda. Sobre la mesa de noche, al lado del lecho, un marco de plata dorada con algunas perlas, encerraba un retrato de mujer. El oidor, se sintió en su santuario, midió su altura frente a la ruín y repugnante vestimenta del avaro y fué más altivo.

—Su Merced cree que todo el valor estriba en el metal, oro o plata, ¿no es verdad? Bien. Su Merced que no ha salido de esta tierra de indios, de guerra y de hambre, no sabe que ese espejo vale más que una hacienda. Dentro de este cajón, vea Su Merced estas cuatro docenas de cami-

sas de hilo de Holanda. Valen tanto como la vajilla.

—¡Cuatro docenas!—exclamo el viejo, apoyándose para no caer. ¿Y las usa todas, Su Merced?

—Todas, todas. Para eso han sido encargadas. Y aquí está la famosa escopeta.

—Pongo una condición sólo. Los ochocientos pesos deberán serme entregados hoy mismo y sin descuento. Estoy dispuesto a firmar los papeles cuando lo indique Su Merced.

—Aceptada de una parte y otra la redacción del documento, Goygorrotea salió, se-



“...un esqueleto revelaba luchas antiguas en el mismo trágico sitio”

Pues bien, escoja Su Merced lo que desee. Prefiero quedarme con la vajilla, porque su uso es más necesario.

El viejo juntó los ojos. Miró el espejo y sonrió con incredulidad.

—Solamente tomando la vajilla, el Cristo y la escopeta, podría resignarme a realizar algunos objetos y traer el dinero. Don Bernardo del Sol serviría para depositar en su poder estas prendas, que no dudo han de vo'ver en poco tiempo a poder de Su Merced.

gún él dijo, a buscar manera de reunir el dinero. Marchaba corrido, como cuando volvía de la recoba, seguido por las injurias de los granujas y los ladridos de los perros.

✽

La tertulia de don Alonso se incrementó por esos días, pues el oidor de la Fuente se dignó frecuentarla, atraído también por la belleza de Paz. Pero, aunque el viejo

avaro y la Pascuala trataran de impedirlo, don Ramiro, con la juventud impulsiva de sus veintidós años, despertaba en la niña el más profundo interés. Por primera vez en su vida echó de menos las galas y adornos femeninos. Encontró en el guardarropa heredado de su madre, sedas y encajes, algunos hilos de pequeñas perlas, galones y broches que bajo las hábiles manos de la dueña, tomaron formas seductoras.

El oidor iba del grave círculo donde se hablaba de la salvación del alma, al centro que formaba la niña con la irradiación de su inconsciente belleza, observaba allá las cavilosas preguntas del avaro que despertaban curiosidad de conocer los secretos de su existencia; buscaba acá en los rasgos fisionómicos de la niña qué cosa podía haber de común entre seres tan diversos. Paz era no el candor, si no la lealtad misma. Sus ojos no parecían ingenuos, ignorantes, inocentes, sino rectos, confiados y honestos. Se había formado sola una existencia para sí misma; por primera vez la compartía, por primera vez comprendía que era bella e interesaba a los demás.

El mes de Diciembre se anunciaba con un sol abrasador y las primeras frutas, dulces y abundantes. Goygorrotea había dispuesto ya la fecha de su viaje a Quillota, el consabido viaje del hacendado. Pero algunas noches antes, a la oración, don Alonso llamó a la Pascuala y a su hija, dándoles un grito desde su alcoba. Cuando llegaron, el viejo estaba sentado en un sillón, muy pálido y descajado.

—He creído morirme,—dijo, respirando con dificultad,—llamen a Fray Dámaso.

—Y el doctor, exclamó la dueña.

—El médico Escobedo, murmuró don Alonso, porque es *romancista*, y cobra más barato que Herrera.

En efecto, a los doctores que recetaban en latín se les hacía pagar más alta patente que a los que curaban en español.

Cuando la Pascuala iba a salir, una vigorosa seña del avaro la detuvo.

—Me siento mejor. Bastará que llamen al sangrador.

La dueña salió a la calle a ver manera de enviar un recado, cuando sintió sonar tres lentas campanadas. Eran las monjas Agustinas que llamaban ellas mismas al sangrador con el toque convenido. Bastaba, pues, correr dos cuabras y esperar a la

puerta del convento, a don Cayetano. Hizolo así la limeña y a su paso oía preguntar en las puertas: "¿Qué monja se sangrará hoy?"

Media hora después, llegaba el sangrador; que era al mismo tiempo barbero, sacamuelas y boticario, con todos los útiles para aplicar sanguijuelas, ventosas, sajaditas y parches. Sangró al avaro, recetó zarzaparrilla y cobró tres reales.

Dos días después—y apenas repuesto de sus males don Alonso,—emprendieron viaje a la hacienda de Quillota: padre e hija en el birlocho y la Pascuala en carreta, junto con algunos muebles necesarios.

La hacienda era muy extensa y tal vez la más bella y fértil del reino. Los cerros, cubiertos de bosques, que descendían hasta el valle, dejaban ver las praderas de pastos naturales, verdeando en toda su extensión. El trigo se mostraba vigoroso y prometía opulenta cosecha. Los indios trabajaban dócilmente, sin gran energía, pero además sin costo alguno para el propietario, que les permitía algunos animales en sus cierros. La avaricia de éste no alcanzaba a hacerse sentir en la tierra, tan fecunda era y tan maternal para todos los que se aplicaran a servirla.

Paz contaba allí con una huerta extensa donde habían acumulado los antecesores todos los árboles criollos y españoles en desorden que hoy día no provocaría admiración de nadie. Lúcumas y chirimoyas, con perales, duraznos y almendros, peumos y bellotas, con olivos y unos venerables cipreses que se creía del tiempo de la Conquista, rosales y copihues, todo hablaba del clima privilegiado de esa región.

Las tertulias de la casa de Santiago, las conversaciones con el oidor, don Ramiro y otros admiradores, habían iluminado a la niña y despertado en ella una comprensión más cierta de las cosas.

¿Cómo podía ser pobre el dueño de esa hacienda? Una palabra escapada a la Pascuala completaba una siniestra sospecha de Paz. Hablando de don Alonso había dicho en un momento de impaciencia que era capaz de tragarse el dinero para guardarlo. Fué al confesionario, único sitio de consulta y de libertad para la mujer chilena del siglo XVIII, y allí se acusó de este juicio temerario. El religioso guardó silencio y luego dijo con ademán reposado:



“...en que los fantasmas de su crimen venían hasta el borde del lecho...”

—Nadie tiene derecho a juzgar sino Dios. Comprendo que hablo con la hija del señor Goygorrotea. Algo puede hacer con dulzura y solicitud para ab'andar su corazón.

Paz no tuvo ya duda ninguna. La reconocían por el sólo hecho de decir que había creído avaro a su padre. ¿Era entonces don Alonso *el avaro*, el único o el más grande avaro de la ciudad?

La residencia en Quillota convirtió a la niña en una mujer. Buscando la resolución del problema y de los misterios de su vida. desarrollaba su espíritu y lo ejercitaba en las primeras disciplinas del dolor.

✽

Fué a comienzo del siglo, es decir, por el año 1704, cuando el comerciante o falte

vizcaíno Goygorrotea llegó a Chile con un pequeño surtido de medallas, rosarios, botones, cadenas y alfileres. A los pocos meses contrajo matrimonio con una huérfana española que habían recogido los Clarisas y murió quince años después de dejar en el mundo a Alonso, su hijo, sin bien alguno de fortuna, porque, como lo dice el pueblo la codicia rompe el saco y él perdió sus economías por incrementar la riqueza hecha. Tenía el avaro no menos de setenta años y una naturaleza trabajada y miserable.

Había heredado la ambición de dinero de su padre. Fué dependiente de un comerciante, partió después a Lima y volvió con algunos artículos de ultramar. La crisis pasajera de la plaza, lo obligó a rebajar sus precios y quedó sin crédito ni honra. Aceptado, cuando le sonreía la fortuna, por el viejo Cruz, como pretendiente de María de Gracia, fué arrojado en forma escandalosa una vez conocida su quiebra. Amargado, herido en el fondo del alma, corrió a ocultarse en un rincón de montañas. De allí pasó a Marga-Marga donde algunos mineros se empeñaban por mantener pequeñas faenas para la extracción del oro. Comenzó por servirles de arriero, más tarde de proveedor de la carne y del pan y logró, con los ahorros guardados bajo tierra, comprar un pedazo de campo. Pero luego, el descubrimiento de otras minas en Petorca, movió de allí a los trabajadores y se despobló la region. Los precios del trigo, de la harina y de los animales de matanza bajaron de tal manera, que don Alonso se encontró de nuevo frente a frente de la miseria.

Aquí comienza una historia oscura, sangrienta, tenebrosa, por nadie conocida entonces, que pudo ser reconstituida más tarde por extraños sucesos que recordaremos. Un indio de Marga-Marga, un indio viejo que no había querido irse a otros puntos con la faena, ni con la amenaza del látigo ni con la promesa de buenos salarios, vivía muy cerca del rancho de don Alonso y le araba la tierra en cambio de la comida. Era el indio del centro, dócil, caviloso humilde, indiferente a todo. Como un animal doméstico se aproximaba cada día más a ese español que no llevaba armas ni le robaba sus animales, ni sus hijas. Habituado a su misantropía, al caer la tarde, cuando terminaba las tareas del campo, el indio acomodaba a su patrón en silencio y se que-

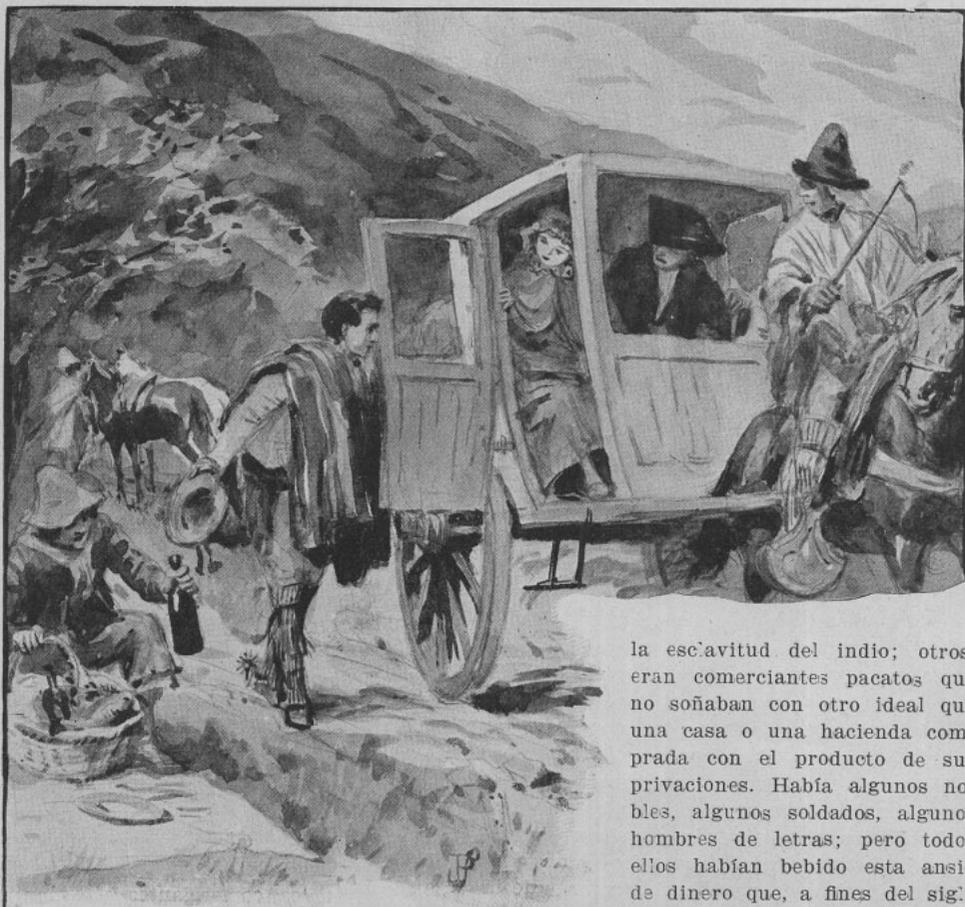
daba largas horas a su lado sin que cruzaran palabra alguna.

Un día, sin embargo, ese hombre rudo y primitivo comprendió que el español sufría. No es extraño que escuchara alguna queja salida de sus labios, algún grito de desaliento o de despecho.—“Estás muy solo—le dijo en cierta ocasión,—busca una española que venga a hacer tu comida”. Don Alonso comenzó entonces a hacer confidencias a su compañero de soledad. Le contó la historia de su padre y la suya. Oyó entonces asombrado de boca del indio el estupor con que el aborigen de Chile veía la fiebre del hombre blanco por el dinero.—¡Tanta sangre por el oro!—exclamaba el indio,—recordando tal vez la desaparición de su raza de toda esa fértil tierra que amarilleaba ahora con el trigo y se poblaba con el mugido de los ganados.

Cuando el empobrecimiento de la región llegó a su extremo, y Goygorrotea pensó abandonar la tierra, el indio llegó una tarde con misterio y le entregó un puñado de pepas de oro unidas unas a otras a golpe de martillo y compartidas en trozos de tamaño aproximado. ¿Eran sus economías? Pero los indios no aterroraban. Don Alonso recibió el obsequio, fué a comerciarlo en Santiago y obtuvo por él más de cuatrocientos pesos. Se ingenió para comprar animales y agrandar su propiedad, dejando sólo una pequeña deuda para un año de plazo. Esta suma bastaba entonces para adquirir una hacienda de regular dimensión.

El indio, apesar de su impasibilidad, pareció recrearse con ver en su señor más ánimos y energías. Algún tiempo después volvió con otra cantidad de oro, esta vez mayor. Entonces don Alonso sintió toda aquella imperiosa e irresistible avidez por el dinero, heredado de su padre, el desgraciado buhonero de Vizcaya. Propuso al indio un seductor arreglo a cambio de una cantidad de oro. Este guardó silencio durante muchos días, y parecía resuelto a no escuchar proposición alguna.—“No hay!—dijo al fin, urgido por Goygorrotea,—no hay más oro.” Pero pocos días después, movido por algunos servicios de su patrón le prometió traerle esa noche la última cantidad que pudiera encontrar.

Allí nació la idea de un crimen, de una felonía atroz. Porque la vida de Goygorrotea estaba manchada de sangre y su alma



Abierta la puerta del birlocho y descubierto el galante, saludó con fórmula respetuosa y cortesana...

era un amasijo de remordimientos, de temores, de sordidez, de maldad. Su fortuna venía de una infamia. Del secreto de su pasado, surgía una horrible complicidad entre su oro y su corazón. Nacido en una sociedad rudimentaria donde la fortuna era el norte y guía de todos, no tenía sentimiento más avasallador y profundo que el amor al oro. Los santiaguinos descendían unos de esos conquistadores que enloquecieron o murieron de dolor cuando Pedro de Valdivia huyó al Perú llevándoles el oro que habían juntado grano por grano lavando la arena del río o escarbando con sus cuchillos en los clavos que las vetas florecían superficialmente al sol; otros, de buhoneros o de faltes que habían andado a pie desnudo sobre las asperezas de la miseria y del dolor; otros, de explotadores insaciables de

la esclavitud del indio; otros, eran comerciantes pacatos que no soñaban con otro ideal que una casa o una hacienda comprada con el producto de sus privaciones. Había algunos nobles, algunos soldados, algunos hombres de letras; pero todos ellos habían bebido esta ansia de dinero que, a fines del sig.º XVIII constatan las memorias de más de un viajero. La bella

no era para el más valiente sino para el más rico. Hasta el abolengo podía comprarse con algún dinero. Ni concepto de patria, ni comodidades de vida, ni placeres, ni diversiones, ni siquiera un verdadero y profundo sentimiento religioso templaban esta inmoderada sed de fortuna.

Goygorrotea quería llegar a la ciudad de donde había sido expulsado con afrenta, en situación de comprar crédito, honra, felicidad y hasta reposo para su conciencia. Creía entonces que el oro, después de Dios, lo podía todo.

Nació la idea del crimen y fué puesta en práctica. El indio partió una tarde, con su largo bastón, se alejó de todo sendero frecuentado y se dirigió hacia los cerros vecinos. Era una tarde de otoño algo gris. En los matorrales cantaban los pidenes ese preludio crepuscular de nuestros campos. Don

Alonso lo espiaba con ardiente esperanza y seguía sus huellas, corriendo unas veces, ocultándose otras. Le faltaban las fuerzas; pero su codicia era más fuerte que su cuerpo.

Más de una vez, el indio se detenía a escuchar. Entonces el español se arrojaba al suelo y aguardaba algunos minutos. Al llegar al pie de una pequeña colina, se detuvo el hombre primitivo, levantó sus brazos y comenzó a murmurar en voz alta una especie de canto plañidero; se habría podido creer que oraba. ¿Era un conjuro? ¿Eran señales a algún compañero? Pero Goygorrotea conocía la soledad salvaje de esas breñas y aguardó agazapado tras del espeso monte. La plegaria o rito del indígena no le recordó ninguna de las que había aprendido en su infancia.

Continuó la marcha, hasta que no pudo ya verlo. Comprendió que había llegado al fin de su camino, y por el ruido de algunas gruesas piedras que rodaban por la pendiente, juzgó que el indio excavaba la entrada de alguna gruta. Corrió entonces y en pocos saltos lo encontró inclinado sobre el suelo, tratando de remover una enorme piedra. El ruido y la fiebre con que trabajaba le impidieron conocer la presencia del español. Pero, de pronto, volvió la cabeza y lanzó un grito, el más agudo, el más vibrante, el más desgarrador de los gritos humanos.

El infeliz parecía víctima del terror y de la desesperación. Se tomaba la cabeza entre las manos, llorando con un ronquido de ira y de horrible dolor. Goygorrotea no tuvo coraje para sostener la escena, se arrojó sobre el indio, lo estranguló con un esfuerzo supremo y, luego, terminó la obra con su puñal.

Cuando ya comenzaba a caer la noche, el español arrastró el cuerpo hasta una pendiente que caía a pico sobre el arroyo y volvió al lugar donde debía encontrarse el tesoro. La piedra que había sido ya removida varias veces, cedió el paso para un solo hombre. Don Alonso tuvo miedo y resolvió quedar allí como guardián del oro hasta que la luz viniera de nuevo en su auxilio. La noche negra y fría se pobló de clamores y de ruidos. Encima, abajo, en medio del monte, en el fondo de la quebrada, se repetían quejas y lamentos que los oídos del criminal se forjaban a su antojo. A veces eran rumores de pasos, luego so-

llozos sofocados, de tarde en tarde un toque agudo que parecía venir de las entrañas del cerro. Las aguas corrían por el estero asociándose a todo este misterioso concierto y multiplicando a veces sus ecos hasta el infinito.

La pesadilla fué eterna; los efectos en el espíritu del avaro, hasta el momento de su muerte. El alba le mostró más fácil entrada para la gruta y una vez en el interior, pudo ver dos cancos de barro, uno de los cuales estaba vacío y el otro contenía buena cantidad de oro, mejor dicho, fabulosa cantidad de oro. Cerca de ésta un esqueleto revelaba luchas antiguas en ese mismo trágico sitio. Durante cinco o seis horas, Goygorrotea acarreó todo el oro que parecía más puro y fácil de transportar a otro sitio apartado donde labró un foso. Había también polvo y piedras cuidadosamente seleccionadas; pero, las pepas unidas a golpes valían por cierto lo que muchos de esos trozos de mineral. Cuando ya las fuerzas le faltaron, cubrió con tierra el nuevo escondite, disimuló sus huellas, cerró de nuevo la entrada de la gruta y partió.

Antes de decidirse a comerciar con su hallazgo, Goygorrotea volvió a Santiago, para probar por última vez todas las amarguras y los desprecios de la miseria. Necesitaba apurarlos, extremarlos, para justificar así en su propia conciencia el crimen cometido. Y en realidad, halló lo que buscaba, negativa de los comerciantes para entrar en negocio con un falido, para hacerle préstamos de la más ínfima cantidad, desdén general de las familias que en otros tiempos lo habían acogido y en especial del viejo Cruz que le negara la mano de su hija.

Cuando don Alonso volvió a su tierra encontró allí la soledad más completa. La familia del indio había desaparecido. La miserable ruca estaba arrasada en el suelo y quemada. La desaparición del jefe había hecho huir a sus mujeres e hijos. Comenzó entonces Goygorrotea a transportar a su rancho, lenta y metódicamente el oro apartado. Hizo una evaluación aproximada del metal y se encontró con una fortuna. Pero, como ya la ambición no tenía límite en su pecho, volvió a la gruta para hacer una nueva cosecha de la parte más valiosa del tesoro. Pero allí sus remordimientos tomaron de nuevo forma tangible: dos cadáveres putrefactos revelaban que dos indios habían

sido degollados allí mismo, tal vez poco después de su partida. Del tesoro no quedaba nada.

Goygorrotea trataba de excusar su crimen alevoso recordando que la conquista estaba llena de asesinatos y de traiciones. Recordaba la explotación de ese mismo oro de Marga-Marga, se fortalecía con la idea de que se trataba de un hallazgo. El indio no era su dueño ciertamente. Tal vez había sido arrebatado a los españoles y, muertos sus primeros guardianes, éstos lo habían descubierto sin apreciarlo ni tener interés alguno en comerciar con él. Pero todo era inútil, el grito del indio, ese supremo grito de angustia, resonaba en su alma. Las noches eran turbadas por su llanto desesperado, por el estertor agónico de su víctima, por una banda de tétricas apariciones.

Sin embargo, en esa primera jornada de su vida, la preocupación febril de explicar su fortuna, comerciando con el metal y cambiándolo en moneda, apagaron durante un tiempo la voz de su conciencia. Llevó a Santiago una pequeña cantidad de su tesoro para que fuera acuñado y compró entonces una pequeña casa donde comenzó a ocultar el resto. Se supo que Goygorrotea había explotado con éxito un lavadero de oro; pero se conocían otras operaciones del mismo género y se sabía que muy pronto los resultados no compensaban los esfuerzos hechos. Ese mismo año se trasladó a Lima y después de vender allí otras partidas considerables, comenzó a mostrar su fortuna, comprando las tierras de Quillota y la Casa Grande de la ciudad. Muy pronto vió que le devolvían honra y consideración. Su matrimonio con María de Gracia Cruz y Ayala, no sorprendió a nadie. De esa fecha databa el corto período de esplendor de Goygorrotea, el mobiliario y joyas que quedaban en su casa o había heredado Paz, porque, a poco de morir su esposa, se sucedieron una serie de quebrantos que hicieron temer a don Alonso que el dinero mal adquirido se escapa realmente cuando menos se piensa.

La avaricia fué el peor castigo de sus culpas. Si el remordimiento le quitaba la calma y el reposo de la noche; la codicia lo agitaba desde el alba hasta el silencio.

Cuidaba cada moneda, como si fuera la última de su fortuna.

✽

Paz sabía ya lo que era un avaro. Juntando todos los extremos sueltos de sus recuerdos, reconstruía el pasado; pero todavía los terrores de su padre eran para ella el más obscuro misterio. Movida por la piedad filial, por el recuerdo de la madre, buscaba la hora y la ocasión de acercársele para suplicarle se confiara en ella y creyera en la eficacia de sus consuelos. Pero don Alonso no sonreía jamás; en torno suyo no batían nunca las alas esos espíritus invisibles que mueven a la unión de dos almas. Por el contrario, parecía rodeado del vacío, de un vacío donde no flotaba sino una sombra negra.

Eternos parecieron a la niña esos meses de estío. Fuera de los capataces y arrieros que al caer la tarde pedían albergue en el corralón vecino, a la sombra de los viejos sauces llorones, nadie pasaba por esa soledad. La dueña duplicaba sus devociones y Paz la acompañaba a rezar el trisagio por la mañana, alguna novena al medio día y el rosario a la oración. Don Alonso iba a veces hasta Valparaíso movido por sus transacciones y pasaba gran parte del día en el campo vigilando su ganado, recorriendo su hacienda de más al interior. Por esos días, unos hacendados que volvían del puerto contaron que Goygorrotea había vendido Marga-Marga. Tal vez le quemaba el recuerdo de sus cerros, de sus minas de oro, de la misteriosa gruta de donde venía la desgracia de su vida.

En efecto, don Alonso había encontrado en Valparaíso a un comerciante español que le ofreció darle cierta cantidad al contado y parte a censo por aquel fundo que el viejo no había visitado desde muchos años. Pero, atraído como todo criminal por el sitio del crimen, se trasladó por última vez antes de ajustar la estipulación de venta, a la miserable vivienda que albergó sus primeros trabajos. Renacieron allí con más fuerza sus terrores. La figura del indio, dócil y amigo que le ofreciera voluntariamente una parte del oro que guardaba, estaba presente a su lado. Lo veía marchar delante, al través

de los campos, con su bastón largo en una mano, deteniéndose a escuchar los ruidos o a formular conjuros contra los malos espíritus.

Una mañana volvió a recorrer el camino. ¡Cómo reconocía aún, a pesar de la invasión del monte, los senderos que habían seguido esa tarde triste! Podría talvez colocar la planta en las huellas borradas por tantos inviernos y estaba seguro de haberse detenido a escuchar en los mismos sitios en que la primera vez lo había hecho. Llegado a la gruta, le pareció que la maleza no había borrado suficientemente su ingreso. Podría decirse que la gran piedra había sido removida de nuevo. Allí don Alonso se detuvo vacilante. El corazón le latía con violencia. ¿No habría quedado algo en el fondo de la gruta? Con la precipitación de sus entradas anteriores, ¿no habría descuidado otro depósito más oculto? ¿Podía dejar al comprador lo que hasta cierto punto era su propiedad?

Volvió a retirar la piedra, de su centro, y penetró por el hueco. Sus ojos tardaron en habituarse a la luz. Poco a poco surgieron los grandes cántaros y luego los dos esqueletos de los ejecutados, cuando se notó la desaparición de una parte del tesoro. Pero había algo de nuevo. En el otro extremo, es decir, a su espalda, cinco esqueletos más yacían tendidos, conservando aún restos de sus trajes y de podredumbre. Debíó ser toda una familia de indios, porque era fácil reconocer dos niños.

El viejo se acusó también de esta nueva ejecución, sintiendo la asfixia en el pecho, y salió precipitadamente al exterior. Allí quedó tendido, con una mano sobre el corazón. Había recibido en ese momento el segundo llamado de la muerte. El mismo síncope doloroso que lo había asaltado en Santiago, ahogaba su respiración anhelosa.

La estadía del pobre hombre en su hacienda, cerca de su hija, fué una continuada serie de sobresaltos. A media noche, Paz corría a despertar a la Pascuala, para ir a la alcoba del padre y ofrecerle llorosa y suplicante sus auxilios. Pero éste se negaba a todo consuelo. Las mujeres atribufan los angustiosos gritos nocturnos del viejo a pesadillas producidas

por su mal... Pero, entre tanto, nada había más horrible para el desgraciado, que esas largas, eternas noches, en que los fantasmas de sus víctimas venían hasta el borde del lecho a amenazarlo. Agobiado, entristecido, reducido a extraordinaria lividez y flacura, Goygorrotea decidió volver a Santiago. Necesitaba la asistencia de fray Dámaso, sus agudas disquisiciones, en las cuales veía algún resquicio para la salvación de su alma. Necesitaba vaciar en alguien su secreto, el horrible secreto que no se había resuelto a decir ni en el confesionario. Quería devolver ese dinero a alguien, redimirse con el sacrificio de lo que más había amado sobre la tierra, con la renuncia de su riqueza; encerrar a Paz en un convento y retirarse después a un asilo para purgar sus faltas.

Muy pronto se alistó el viaje y el birlocho partió de nuevo. Era un silencio lúgubre el que reinaba entre el hombre destruído por el remordimiento y condenado a próxima muerte, y la criatura joven, sonriente, animada por la esperanza y tal vez por el amor. Los arrieros que cruzaban en sentido contrario, hacia Valparaíso, se descubrían como era su costumbre y miraban extrañados el par de ojos negros, brillantes y luminosos al lado de esas otras apagadas pupilas que se hundían bajo las cejas encanecidas. Las horas de la mañana transcurrían y el birlocho se balanceaba y saltaba sobre el pedregal del estero o las roturas del camino, en medio del polvo levantado por algún piño de animales que galópaba adelante atemorizado. Se acercaba con el calor la hora del descanso y del almuerzo. El cochero azotaba el caballo sobre el cual iba cabalgando, para alcanzar a la posada o siquiera a una quebrada donde podía encontrarse agua fresca y sombra protectora.

De pronto, los ojos penetrantes de Paz descubrieron a lo lejos un jinete que estaba al medio del camino con la mano puesta sobre los ojos para ver contra el sol.

No era un peón, ni un capataz, sino un verdadero caballero campesino. Su corazón pudo más que los ojos:

—¿Ve Su Merced, padre, allá a lo lejos?

—Veo un grupo de hombres a caballo.—
Delante, avanza uno...

—Me parece. Creería que es don Ramiro.”

Se oscureció más aún don Alonso y guardó silencio, no sin murmurar para sí la eterna sentencia de muerte: “Paz que-

El cochero se había detenido, impuesto por una señal del joven. Abierta la puerta del birlocho y descubierto el galante, saludó, con fórmula respetuosa y cortesana y mostró la merienda preparada en el céspedes a la sombra de unos árboles. Don Alonso no era capaz de resistir. La niña



“...le habló al oído y le preguntó con acritud: ¿y mi legado?”...

dará desnuda como nació. Que nadie se engañe. Si la reciben en un convento, allí terminará sus días.” Pero la niña no oía nada. Al frente avanzaba su porvenir... Era joven, radiante, ágil, confiado. ¿Por qué entristecerse? Sin embargo, allí iba a su lado su pobre padre, enfermo y condenado a próximo fin.

La niña se sentía halagada de verse objeto de una atención tan previsora de parte de Ramiro. ¿Cómo había sabido su viaje? ¿Qué sirviente o vaquero apostado en el fundo había transmitido la hora precisa del viaje? Eso mismo preguntó severamente el viejo a su hija. Ella lo ignoraba. No creía siquiera que la asiduidad de don Ramiro hubiera durado, a pesar de su ausencia.

saltó con agilidad de pájaro, y entre ambos le ayudaron a descender.

✽

Entre tanto, el oidor de la Fuente parecía abstraído por una curiosa tarea. En el patio interior de la casa que habitaba, sentado durante horas en una escaño de palo blanco, reunía las informes y desordenadas frases de un indio descalzo que lo servía y a quien trataba de perfeccionar en el idioma. El esclavo tenía ojos de un brillo extraordinario, verdaderos ojos de lobo, venía de los cerros, cazado a lazo por unos soldados y había sido comprado por muy poco precio al elegante funcionario. Como una entretenición pa-

ra los largos ocios de la canícula, el señor hacía hablar a su esclavo. La falta de preposiciones, la confusa mezcla de palabras de dos idiomas diferentes, lo hacían reír. Durante algún tiempo no comprendería nada; pero poco a poco se familiarizó con sus giros, conoció el arbitrario significado que daba a ciertas palabras y comenzó a penetrar en su espíritu.

El indio contaba que su familia trabajaba en un campo; pero que un día el cacique había querido darles muerte y todos se habían dispersado por los cerros. Nada sabía de su madre ni hermanos. ¿Cuál era el motivo del odio del cacique? Poco a poco, de la obscuridad de los recuerdos de ese ser primitivo, comenzó a surgir la historia extraña de un tesoro. Había oído contar que cuando los españoles aún no llegaban a Chile, unos hombres venían desde el Perú gritando en nombre de los incas que había que pagar a los blancos el rescate de Atahualpa. Entonces fueron muchos hombres a las minas de Marga-Marga y sacaron oro y lo escondieron. Pero luego llegaron los españoles, que venían buscando en todas partes el metal amarillo y la tribu guardó con más celo que nunca esa moneda que podía algún día servir para recobrar sus tierras y adquirir caballos y bueyes. El indio había escuchado una vez que el cacique amenazaba a toda la familia porque nadie sabía explicar la muerte del padre, ocurría años atrás, y la pérdida de mucho oro del que estaba confiado a su guarda. Entonces todos se escaparon por la montaña.

De la Fuente unió el nombre de Marga-Marga a la fortuna de don Alonso y a su carácter. Recordó sus consultas a Fray Dámaso en las noches de malilla, y llegó a pensar que el viejo Goygorrotea no podía ser extraño a ese misterio.

Se hizo repetir mil veces la historia y fué, poco a poco, con la ayuda de sus propias ideas, despertando en el indio las más olvidadas memorias. ¿De cuándo databa la desaparición de su padre. El año de la gran lluvia, ¿don Alonso iba todavía a Marga-Marga? Cuando la epidemia del malcito, ¿conocía ya el cacique la desaparición del oro? ¿Había oído alguna vez cuánto valía el metal acumulado?

El oidor iba haciendo un largo proceso,

movido no por deseo de hacer justicia—que el indio no tenía derechos y a su juicio ese tesoro pertenecía la mitad al Rey y la otra mitad al descubridor, que era el avaro,—sino por calmar la curiosidad de su espíritu, ese afán de conocer y penetrar las vidas ajenas que era la gran pasión de la Colonia.



Se acercaba la Semana Santa y bajaba ya de la cordillera, por las tardes, un cierzo penetrante que deshojaba los álamos en los huertos de la ciudad.

La puerta de la casa de don Alonso estaba abierta de par en par, y era ésta la seña de su próximo fin. Postrado en el lecho, la alcoba cerrada herméticamente, como era costumbre en esos tiempos, la atmósfera pesada, la respiración del enfermo se hacía breve y anhelosa. El olor a los cocimientos de romero y borraja, se mezclaba al penetrante de la azúcar tostada para el mate de las mujeres.

Cuando don Alonso se convenció de que el sangrador no podría aliviarlo de sus dolores, acudieron al médico romancista y luego al latino, quien aplicó unos emplastos calientes, diciendo que todo era cuestión de humores malos que era necesario hacer bajar hasta los pies. Pero Goygorrotea sentía la mano del indio en la garganta; cada día apretaba un poco más... Llamó una tarde a su hija y con breves palabras, sin circunloquios, le advirtió la resolución de que a su muerte se retirara al Convento de las Clarisas, a las cuales dejaría los medios necesarios. La suplicó con lágrimas en los ojos no contrariar a su padre y orar porque Dios perdonara sus culpas.

La niña lloró perdidamente. Para sofocar sus gritos de desesperación, corrió al interior del huerto y allí, arrodillada, invocó en su auxilio a sus Santos protectores, a su madre, a las demás mujeres muertas de su familia y que habían conocido el amor en su vida. Pero, luego, con esa resignación de que la Colonia da tantos ejemplos, volvió a la alcoba del enfermo y le dijo que obedecería.

Fray Dámaso corría frecuentemente al llamado de su amigo. Resolvía sus dudas y esperaba esa confesión que aún no se resolvían a formular esos labios, guardadores

tenaces del secreto de sus remordimientos.

Pero pronto el enfermo se agravó. La mano del indio apretaba, apretaba sin cesar. Apesar de la soledad en que ese caserón viejo y arruinado había vivido tantos años, comenzaba a poblarse de vecinos y vecinas a quienes la muerte atraía como el más punzante espectáculo para sacudir sus naturalezas indolentes. Sirvientas, viejas señoras, monaguillos y gente de iglesia, algunos acreedores del prestamista, franciscanos del convento de Fray Dámaso, pasaban en puntillas por los corredores, se introducían en las habitaciones, cuchicheaban hablando de la finada doña María de Gracia, del moribundo, de la niña, del pretendiente, de la fortuna, del testamento.

Esta palabra iba repitiéndose más a menudo a medida que la agonía se aproximaba. De las Monjas Clarisas mandaron una gran vela de bien morir cuya entrada sacudió a don Alonso con espasmos de terror.—“¿Tan pronto?”—preguntó al religioso.—“Se acerca la hora dijo éste”.—“Quiero confesarme”. Expulsados todos, Goygorrotea permaneció mucho tiempo hablando con el confesor, interrumpiendo con sollozos y roncuidos de espanto la historia del tesoro. Cuando Fray Dámaso salió, se le acercaron todos:—“Es un Santo,”—dijo.

El oidor de la Fuente penetró al patio. Iba vestido de negro con la impecable elegancia de que era único poseedor en la ciudad. Solicitó ser admitido a solas en la alcoba del moribundo y tuvo también una corta conferencia a solas, de la cual salió grave y reservado.

Vueltos a la habitación, la Pascuala, tenía la cabeza del viejo y Fray Dámaso leía.

—El testamento, don Alonso,—murmuró del Sol—que venía a despedir a su amigo

El avaro daba vuelta sus ojos en las órbitas. El parecía que disponer del dinero era entregarlo y renunciar a su goce. Lo amaba porque le costaba sangre y dolores; lo amaba porque le quitaba la vida. Pero la mano del indio apretó aún más su garganta ya seca.

—¡Qué venga el escribano, de prisa!—rugió de pronto.

No tardó en entrar éste con la gran pluma de ganso en una mano y los cuadernos de papel en la otra.

Y comenzó entonces un dictado trágico en que la lengua se detenía luchando por no

disponer del dinero; pero un impulso de miedo lo agitaba para comprar con él el perdón de su falta. Era un mercado, un regateo. “Dejo tanto para que se me digan trescientas misas en la Merced... Si no basta que se separe la cantidad necesaria. Que se me recen quinientas más en San Francisco, a cuyo convento lego la suma de diez mil pesos. Dejo tanto para la Iglesia de San Lázaro y tanto para la Soledad y tanto para que se haga una capilla en las casas de Marga-Marga, cerca de la mina de oro. El día de mi entierro se dirá una misa cantada por mi alma en cada iglesia de Santiago, cuyo precio pagará mi albacea. Dejo el resto de mi fortuna a las ánimas benditas del Purgatorio, para que se la invierta en otras misas para sacar cada día del año tantas almas como sea posible. El albacea repartirá en las iglesias las sumas como lo crea conveniente.”

El indio apretaba, apretaba. La Pascuala le habló al oído, y le preguntó con acribuidad:

—¿Y mi legado?

—Dejo un mil pesos a la mujer que ha cuidado mi hija.

La limeña, soltó brutalmente la cabeza del moribundo:

—Eran cuatro mil los convenidos. Me han engañado!

Don Bernardo preguntó entonces:

—¿Y la hija?

—“Dejo mi hacienda de Quillota a las monjas Clarisas para que la reciban en su convento.”

En ese instante don Alonso se llevó violentamente las manos a la garganta, como para quitar las que querían estrangularlo. Y murió.

Una gran procesión de franciscanos, teatinos y mercedarios, delante de los cuales iba el *bayo*, cubierto de un paño negro, como era costumbre en los grandes funerales, vino cantando un lúgubre y desafiado coro, a retirar el ataúd.



En la soledad de la casa quedó Paz, acompañada de un vecino caritativo. Era pobre, estaba condenada a morir en un convento y la abandonaba el mundo.

Quince días después el albacea comenzó

a ejecutar las voluntades del difunto, y, al caer la tarde, llevó en una calesa al convento de las Claras a la niña cubierta de manto negro.

En el claustro, cuyas campanas tañan para anunciar la muerte de la joven para el mundo, las religiosas aguardaban a la nueva hermana. La calesa se detuvo a la puerta, y el pueblo se acercó curioso, impenitente.

Pero, antes de que Paz hubiera llegado al umbral, un grupo de embozados se interpuso. Don Bernardo fué arrojado al suelo; y la niña, tomada en brazos por uno de ellos, se sintió levantada del suelo y llevada en vertiginosa carrera.

Durante toda la noche, la ciudad comentó sin dormir el extraño suceso. Un pretendiente tomaba a su novia pobre y sin recurso alguno, cuando la había creído la más poderosa heredera. Los ánimos se di-

vidfan al juzgar tan romántico acontecimiento, en una sociedad donde el dinero valía tanto más que el amor.

El oidor pasó unos días antes del vencimiento de su deuda a presentar al albacea su documento solemnemente cancelado por don Alonso, antes de morir, y retiró sus objetos dados en prenda. Al mismo tiempo, anunció a don Bernardo que había iniciado un proceso en defensa de los derechos de la señora Paz Goygorrotea, injustamente desposeída de sus bienes y que antes de poco vendría un fallo de la Real Audiencia que haría de los recién casados los más ricos y ostentosos vecinos del Reino.

Naturalmente, había resuelto guardar el secreto de la revelación de su esclavo hasta que los años permitieran apreciar el misterioso hallazgo del tesoro de Margarita, como un simple hecho histórico.

JOAQUIN DIAZ GARCES.